

MEDITACIÓN SOBRE SANTIAGO DE COMPOSTELA (FRAGMENTO)

Hacia el fin de la "Vita Nova" el gran Poeta anuncia a los peregrinos que vienen de Roma, la muerte de Beatriz. Es el momento en que la hermosa criatura desaparece ya de la obra de Dante, que promete no cantar más hasta que no sea digno de nombrar a la bendita. Ella sólo será luego un recuerdo gentil, un consejo, un sol lejano, hasta que, en el Paraíso cuando culmina *La Divina Comedia* se transfigura por prodigioso don de Arte, la anécdota deja paso a la Categoría.

Este momento en que se va a producir el misterioso silencio y el secreto trance de la Beatriz anecdótica a la Beatriz simbólica, está poblado de peregrinos.

La evocación de peregrinos nos da descanso y lleva nuestra atención dolorida a otro paso, al recuerdo en el leve aire del mundo a la visión de los seres que llegan de ver tan edificante y poderosa experiencia.

Por esto el peregrino descubre en el Arte y la Historia de Siena, de Asís, de Roma, de Chartres, de París, de Barcelona, de Avila, de Salamanca, de Segovia, las líneas del pensamiento en que la Cultura occidental se nutre y afirma sus valores.

Sobre el sentido de la acción, el sentido de la realidad, el sentido del orden, que aquellas piedras dicen o cantan cuando el sol las hace arder o cuando la noche las envuelve en silencios imponentes.

Sabe en el campo, y en las ciudades de Francia, frente a las Artes plásticas, recibiendo la dádiva materna de una Parroquia de París, oyendo el canto de sus mendigos, sintiendo el valor inmenso de una tradición cultural, el poderoso equilibrio que el ser humano llega a conquistar. Y esta delicada armonía misteriosa por la que espíritu de geometría y espíritu de sutileza se unen, tal como Pascal los definió, en la austera medida y en la gracia, en esta claridad de la Inteligencia y este sentido del matiz que se descubre en la Vida, el Arte y el Pensamiento francés.

Y dije peregrinos conforme a la más amplia significación del vocablo, ya que la palabra *peregrino* la podemos entender de dos maneras: una amplia y estricta, de la amplia en cuanto es peregrino todo aquel que está fuera de su patria, de la estricta, no se entiende por peregrino sino quien va hacia la casa de Santiago o vuelve. Porque de tres modos se llaman las gentes que caminan en servicio del Altísimo, a saber: llámense palmeros en cuanto que van a ultramar, allí donde muchas veces traen la palma; llámense peregrinos, en cuanto van a Galicia porque la sepultura de Santiago hízose más lejos de su patria que la de ningún otro Apóstol; llámense romeros en cuanto van a Roma...

Podríamos todavía pensar en aquella otra acepción, la más amplia, que a todos nos alude, y que implica nuestra condición humana en el destierro. La que se dice en uno de los salmos que Strawinsky llevó a su sinfonía.

Porque peregrino soy contigo.

Sí, peregrinos, siempre, peregrinos ciegos o lúcidos camino de la muerte y de la Resurrección.

A todos esos peregrinos estamos unidos siempre; sea sedentaria o nómada nuestra vida. Y si en la profunda aventura espiritual, en la difícil vida interior somos peregrinos en busca de aquella Casa de Dios, de su Reino que aquí comienza.

Así debemos serlo en todos los actos y circunstancias en que nos ponemos en relación viva con el mundo, con sus gentes y su historia, con el Espacio y con el Tiempo.

Peregrinos en busca de la Verdad, somos peregrinos de nosotros mismos; necesitamos sabernos en nuestra más íntima relación con esa Verdad.

Y este inquirir se proyecta sobre el *conocimiento* que se refiere a nuestra vida espiritual y a nuestro *ser en el mundo*, a nuestra cultura, a nuestra acción en el tiempo.

Si consideramos esta relación con la realidad que nos rodea, con nuestras circunstancias, con algunos nítidos destinos que la Providencia nos ha asignado, llegamos a medir la entidad de tal destino, y el carácter sagrado de nuestro origen; el misterio por el cual estamos dentro de una época y de un sitio en la tierra, dentro de una Cultura. Este carácter sagrado, providencial de nuestro origen, es una de las claves más hondas de conocimiento de nosotros mismos.

Sabemos de esto por el libro, el diálogo, la meditación, la contemplación de las obras de Arte; el goce que la música nos da; lo sabemos también si recorremos diversos países mirando con ojos intensos las maravillas del mundo; y tal es la trascendencia espiritual y cultural de los viajes. Trascendencia ligada, pues, a una actitud interior por la que se diferencia el peregrino del turista frívolo.

Yo he relacionado muchas veces la experiencia de viajes con un problema cultural de importancia; con el descubrimiento de nuestras raíces culturales, de nuestras verdaderas fuentes con una presencia casi corpórea. Y no es en vano que tal camino, tal cosa, tal aire, han recibido una huella, una voz, en las que vivió la suma de todo lo que es nuestra herencia de alma y sangre: un camino de Asís –aquel que va hasta la Porciúncula– fue poblado por los sagrados pies de Francisco; un limonero en Santa Sabina de Roma fue plantado por manos de Santo Domingo, y se mira desde la ventana de la celda donde él meditaba, peregrino desde su tierra española... y en el aire fragante de una aldea que se dibuja con rasgos firmes en el campo gallego, se repite la leyenda sobre aquellas palabras dichas por el caballero Pardo de Cela, al ser decapitado con su hijo en la plaza mayor de Mondoñedo a tiempo que su cabeza cercenada caía como una flor; y las palabras todavía resuenan: *Credo, Credo, Credo*.

La gran lección se dan en esos sitios y dice nuestro destino, la grandeza de una Cultura que es la nuestra y de la que nunca sabemos bastante, a tal punto son hondas e intensas sus relaciones con nuestra oración y nuestra vida.

Tal debe ser nuestro peregrinaje a las fuentes un descubrimiento de nuestro camino, de nuestro auténtico lenguaje, camino y lenguaje que todavía no sabemos bien y que debemos aprender para dar el testimonio que el mundo necesita y que Dios quiere de nosotros.

Algunas capitales módulos de nuestra tradición occidental cristiana, aparecen al contemplador, al peregrino dolido o gozoso.

Desde la luz de Atenas, y desde aquel oren inmortal por el que sabemos cuáles son los verdaderos caracteres del clasicismo y su orden vivo, hasta la luz de una Galicia grave y dulce, con la que nos sentimos unidos por lazo providencial, el saber popular que luce en la artesanía graciosa, en el cancionero, en las danzas y romerías; en la nobleza de cada ser humilde, cuya categoría singular y preciosa señaló en obras de Arte insigne, un Valle Inclán o una Rosalía de Castro.

Este contacto con el saber popular nos viene de lejos: Hay que pensar en aquella inmigración que se acercaba a nuestro país y en aquellas mujeres de pueblo que traían toda la nobleza de Galicia.

Venían a nuestras casas; enseñaban allí con su cordial entrega, con su sentido familiar cristiano, los cuidados pequeños; el amor al trabajo de todos los días; la oración, la fidelidad al país lejano; los afectos firmes que duran toda la vida.

Permanecían además libres, custodiadas contra toda influencia que hubiera intentado desnaturalizarlas, cambiarle su estilo propio, su acento, su vestido, su modestia encantadora.

Pero si este saber importa desde el punto de vista de nuestra vida, de nuestra acción, de nuestro trabajo, importa sobre todo desde el punto de vista de nuestra conciencia cristiana de la conciencia evangélica que debemos tener con respecto a nosotros mismos.

Cuando sabiendo nuestras raíces nos miramos al proceso histórico y a las crisis profundas de nuestro tiempo, nos vinculamos a la responsabilidad que con respecto a tal crisis toca al hombre actual, y a la investigación heroica y a la voluntad heroica por libertar al mundo de tales crisis.

Ya Maritain señala que durante demasiado tiempo, en la Edad Moderna, el mundo cristiano ha obedecido a dos ritmos opuestos, a un ritmo religioso para las cosas de la Iglesia y del culto, a un ritmo materialista para las cosas del mundo y de la vida profana. Nosotros asistimos sólo a este dramático dualismo, no hemos vivido la Edad Media; ella “tenía, sí, el sentido de la unidad” y lo que descubrimos en los países antiguos relacionados con nuestro origen y formación occidental revela la grandeza de esa unidad. Confrontadas las impresiones de esa contemplación, con los datos históricos se llega a saber lo que la Filosofía de la historia nos dice.

“La Edad Media” tenía sí sentido de unidad, pero por razón de condiciones históricas demasiado difíciles, porque trabajaba sobre un fondo de barbarie y paganismo no socavado todavía por las purificaciones de las grandes pruebas históricas refracción de las exigencias evangélicas en el orden social temporal, permaneció en gran parte simbólica y figurativa.

Esta investigación, esta impresión, se vincula estrechamente a la coincidencia evangélica, con la cual no se podrá “llegar a investigar a la persona humana en su valor de persona”. Sin dissociarla podrá descubrirse su contextura espiritual como imagen de Dios, que el pecado no puede corromper radicalmente y que anhela una plenitud que sólo la gracia puede conceder.

Esta conciencia llega también al pecado y lo examina. La novela contemporánea da grandes ejemplos: Green, Mauriac. Baja al infierno interior, explora los lugares tenebrosos, pero ya rechazando no la distinción del bien y del mal, como lo hace el naturalismo moderno, sino trascendiendo las sanciones puramente sociológicas e interpretando el mal mismo con una inteligencia propiamente cristiana: aplicando esta paradoja del cristianismo: el pecado que me separa del Dios Justo es el que atrae al Dios de la misericordia. Ten compasión de mí, dice el alma cristiana, porque he pecado.

Esta conciencia implica un respeto evangélico de la Naturaleza y de la razón, de aquellas estructuras naturales que el humanismo moderno ha podido descubrir, pero que no ha sabido conservar, y que la grandeza original del hombre, que nunca ha salido completamente destruida por el mal.

Estudiamos la ciudad de Asís, su estructura, sus templos, su historia, sus modos de vida, y la huella de San Francisco patente en aquella tumba, en aquellas reliquias, en el paisaje al que estaba unido como en extraña prueba de la gran armonía de lo creado, patente en los frescos del Giotto y de Cimabue; patente en la poderosa presencia espiritual que el alma recibe; mostraba yo cómo todos los rasgos del Humanismo medioeval están allí tipificados; cómo se han salvado de la invasión naturalista y de los modos antropocéntricos del Humanismo, que hoy sufrimos. Allí se siente de manera viva, intensísima, que la religión para el cristiano es “esencialmente sobrenatural”; que por lo tanto no es ni del hombre, ni del mundo, ni de una raza, ni de una nación, ni de una civilización, ni de una cultura, *es de la vida íntima de Dios*. Trasciende toda civilización y toda cultura, es estrictamente universal.

Allí, pues, se aprende que para el cristiano la cultura y la civilización, por estar ordenadas a un fin terrenal, deben ser referidas y supeditadas a la vida eterna que es el fin de la religión y procurar que el bien terrenal y el desarrollo de las diversas actividades, naturales del hombre se efectúen mediante una atención efectiva a los intereses eternos de la persona y de modo que se facilite el acceso a ésta a su propio fin último sobrenatural, lo que por tanto eleva la civilización en su orden propio.

El orden de la cultura o de la civilización aparece pues, como el orden de las cosas del tiempo, como el orden *temporal* que debe ser vivificado y elevado por el orden espiritual.

Y sabiendo esto, el alma lo confirma ante toda huella del Humanismo teocéntrico, la entera unidad de las Catedrales, la sobrenaturalización de los oficios y de la fraternal unción de los hombres: testimonio resplandeciente podría ser en plena presencia de arquitectura civil la gran Plaza de Bruselas.

Esta relación difícil entre lo temporal y lo espiritual puede resolver el problema agudo de lucha entre la civilización y la cultura.

Nosotros sufrimos una civilización que se opone a la Cultura; pero la actitud cristiana ante civilización y cultura es una posición liberadora creadora; es la de referir y supeditar civilización y cultura a la vida eterna.

Esta posición supone heroicas dificultades: tanto como la Redención. El proceso de la redención ha de llegar a estas formas que el hombre creó en abundantes heridas, robando estas formas que el hombre creó en abundantes heridas, robando estas formas a su orden eterno. Pero esta posición más heroica y difícil que el renunciamiento, está dentro de lo real, de lo posible, y tiene en cuenta las Promesas que se nos han dado; además hay una irreversibilidad fundamental de los hechos históricos.

La técnica, la máquina, no son malas en sí; son los cristianos quienes deben crear un mundo en el que ellas sirvan al hombre en vez de sojuzgarlo y servir solamente a quien explota al trabajador haciéndose sordo a la enseñanza evangélica y a la docencia de la Iglesia sobre Sociología Cristiana.

Maritain ha estudiado con una lucidez muy asistida por la vida de oración y por el estilo de santidad que lo caracteriza, el proceso de la Cultura Moderna, sus caracteres y sus antecedentes.

En Religión y Cultura se puede leer este pasaje de profunda visión y certera síntesis. Tiene el libro la virtud misteriosa de darnos una capacidad súbita para situarnos en el tiempo, frente al Pensamiento y estilo de nuestra época con una conciencia que ya no nos abandonará y que se proyectará sobre todos nuestros problemas cada vez que los devorantes modos de nuestra época nos hagan sufrir...

Algo análogo puede suceder cuando nos enfrentamos de un modo directo con el ambiente de los países a los que se vincula nuestra formación. Es como si nos encontráramos con nuestro origen, con nuestro linaje espiritual, con la raíz de nuestro ser.

Un cosmopolitano sumamente confuso, lleno de riesgos, aberrante; que constituye la antítesis de la universalidad nos ha hecho olvidar esas raíces y nos sentimos con el paso inseguro, o en retroceso lamentable en angustioso desconcierto y renovados inútiles tanteos, sin tradición, sin tierra en que afirmarnos.

La falta de sedimentación de la cultura originaria, el lenguaje materno; la prisa y curiosidad por novedades; la insatisfacción producida por un oscuro saber de todo eso, que nos disminuye y nos frustra.

Este mal que difícilmente se cura con libros, encuentra una sana solución en la experiencia viva, cuando nos enfrentamos con realidades poderosas, con pueblos, obras de arte, modos de vida desde los cuales nos llegó una antigua savia insigne con la cual la Providencia quiso ligarnos.

Esta sana reacción y este deslumbramiento se siente en las antiguas ciudades europeas, en que Occidente dice su carácter, sus trances y sus victorias.

El espíritu cristiano alienta en esos sitios y nos hace pensar en como el Humanismo antiguo, clásico, fue ejemplar; aquellos prodigiosos seres griegos buscaron heroicamente la Verdad, y llegaron a los límites mas ardientes y lúcidos de la intrépida aventura. *Pero sólo la Revelación en la madurez de los tiempos pudo resolver la búsqueda; dar el gran paso.*

Y todos los signos que la Edad Media deja en el vivir y el hacer en las ciudades europeas con el maravilloso testimonio de un Humanismo de la Encarnación, cuyas expresiones son las pruebas del hombre redimido. Nuestro origen, nuestra cultura, en todos sus aspectos viene de allí del esplendor y la fuerza de irradiación de los grandes santos y los grandes creadores: Santo Tomás, Dante, San Francisco, Giotto, las Catedrales, los modos de vida y de labor; las corporaciones obreras: el paso de los santos activos.

En este peregrinaje a través de países de recuerdos de seres y de piedras sagradas, bajo distintos tonos y luces del cielo, podría yo decir que una de las más hondas experiencias espirituales se vive en Santiago de Compostela; y que esta experiencia, de vida de cultura, de humanidad, revive también en las ciudades, en las aldeas, en el campo dulce de Galicia, cuando en ciudades, campos, aldeas, pueblos marineros nos encontramos con la realidad viviente que como en una leyenda increíble se nos daba en los libros o en la voz de los amigos que conocen esa realidad y saben hacerla sentir...

Y este es el comienzo de tal experiencia, si vamos como romeros bajo el cielo de la tierra gallega...

Allí nos topamos con la ciudad y el campo, con la vida culta y la vida primaria, elemental, con un pueblo auténtico lleno de dignidad y de señorío; con unas voces que vienen de lejos, del aire antiguo y noble intocado.

Y es que en las virtudes fundamentales de ese pueblo y en su autenticidad se nutren todos los aspectos de la vida gallega, el Arte, la ciudad, las costumbres, los campos de labor, el paso de las barcas pescadoras, los cantos y las danzas; los juegos.

Es que allí, como en toda Europa, existe esta cosa viva que en América no se ve: existe *el pueblo*, fiel a sí mismo, a sus virtudes fundamentales, su honda raíz antigua, su generosa sangre.

La ciudad, en Galicia, tiene encanto que súbitamente gana el alma.

Esther de Cáceres